

Gonzalo Fernández de la Mora no se opone al sentimiento. Lo valora, si se lo entiende bien. Una vez y otra y con toda energía subraya la primacía del logos sobre el pathos. «La genuina condición del hombre —escribe— es racional. Somos un “logos” patético que acaso un día se transforme en “logos” puro. Nuestro eje diamantino es el intelecto, y a él hay que ordenarlo todo. La razón es el útil magno de la verdad. Pero no la alcanzaríamos si no la apeteciéramos. Hemos de buscarla con ímpetu. Llevo años esforzándome en promover la única pasión intelectual lícita, la de ser “lógico” siempre. Es el “eros” augusto»⁶. Pero seguidamente destaca la necesidad de integrar las tres facultades del hombre: el entendimiento, la voluntad y el sentimiento: «Hay que amar la obra ajena para consagrarnos a su intelección (...); hay que amar la verdad para entregarle lo mejor de nuestra vida, lo que no es negocio y coacción existencial, y hay que gozarse en la objetividad y en el rigor. También la teoría está impulsada por motores patéticos; pero no les dejemos que fijen el rumbo»⁷. Bastaría estudiar un tanto de cerca las *diferentes formas de objetividad* —correspondientes a los diversos estratos de ser— y, por tanto, de *rigor* para estar en condiciones de articular debidamente las *diferentes formas de racionalidad y de sentimiento* que latén *in nuce* en el párrafo transcrito.

LA ALIENACIÓN Y LA INFELICIDAD

El libro *Sobre la felicidad*⁸ lo escribió Fernández de la Mora —según propio testimonio— con gran ilusión, por el deseo de complementar y clarificar la idea un tanto pesimista del hombre que había ofrecido en su libro anterior: *El hombre en desazón*⁹. En la Primera Parte realiza un amplio y penetrante análisis del concepto de felicidad legado por los grandes pensadores, desde Epicuro y Aristóteles hasta Max Scheler y el P. Santiago Ramírez. Para ello moviliza sus impresionantes recursos: conocimiento de lenguas antiguas y modernas, trato asiduo con las obras más representativas de la literatura y la filosofía... En la Segunda Parte, pone en juego su sabiduría de la vida y ofrece claves de orientación sumamente lúcidas y equilibradas. El *Epílogo para jóvenes* es un lúcido texto lleno de preocupación y esperanza a la vez.

A través del acopio erudito de datos, el autor quiere comunicarnos su convicción de que el ser humano, aun existiendo «en desazón», tiene ante sí un amplio horizonte cuando se pregunta en serio por el sentido de su vida.

⁶ Cfr. *Pensamiento español*, 1965. De Ortega a Nicol, Rialp, Madrid, 1966, págs. 18-19.

⁷ *Op. cit.*, pág. 19.

⁸ Ediciones Nobel, Oviedo, 2001.

⁹ Ediciones Nobel, Oviedo, 1997.

Por no descubrir con la debida lucidez dicho horizonte, buen número de jóvenes actuales no logran superar la decepción y el vacío existenciales y se evaden al mundo irreal de la diversión, la droga, el placer fácil y superficial... Por significar una salida de sí *en falso*, esa forma de evasión aboca al vacío. Este género de vacío no puede llenarse con el ejercicio de una *libertad de maniobra* absoluta, ni con el consiguiente *permisivismo* y *consumismo hedonista*, que inspiran una actitud *pasiva* e *irresponsable* ante la vida ¹⁰.

Esta conducta irresponsable significa una huida de la realidad, que lleva, como en el caso de *El Burlador de Sevilla* de Tirso de Molina, al vacío existencial y la destrucción de la personalidad. Tirso describió genialmente a Don Juan como un *ser en trance de huida* («¡Ensilla Catalinón...!»).

La existencia humana ha de ser vivida «como una empresa finalista» ¹¹. Por eso «no basta con pasarlo bien, hay que hacer algo valioso para que la vida se perciba como digna de ser vivida» ¹². El hombre, según la Biología actual más cualificada, es un «ser de encuentro», vive como persona, se desarrolla y madura como tal al crear modos de unión elevados con las realidades de su entorno. Tiene que «salir de sí» para ganar su identidad personal y desarrollarse cabalmente. Este desarrollo es bloqueado por la fijación fascinada en las experiencias placenteras, ya que «la búsqueda del placer es individualista y egoísta» ¹³.

Para hallar una salida a la asfixiante situación de «aislamiento ético» ¹⁴ en que se halla una parte de la juventud actual, debemos distinguir cuidadosamente las distintas formas en que podemos *salir de nosotros mismos* sin evadirnos y alienarnos. Por atenerse al conocido esquema orteguiano «ensimismamiento-alteración», Gonzalo F. de la Mora parece considerar como alienantes todas las actividades que nos sacan del recinto acotado de nuestro yo: «*En las dos grandes clases de hedonismo —escribe— hay alienación, es decir, el hombre sale de sí mismo y se evade merced al vino, al opio, al beso, al arte, a la ecuación, a la invocación. Todos los hedonismos son diversiones, no ensimismamientos*» ¹⁵.

El sentimiento de amistad y profunda admiración que siempre me ha suscitado la figura del autor me lleva a ofrecer mi pequeño aporte a la gran tarea cla-

¹⁰ Cfr. *Sobre la felicidad*, págs. 177-178.

¹¹ Cfr. *op. cit.*, pág. 183.

¹² *Ibid.*

¹³ Cfr. *op. cit.*, 174.

¹⁴ Cfr. *op. cit.*, pág. 177.

¹⁵ Cfr. *El hombre en desazón*, pág. 95.

rificadora que nos propone en el *Epílogo para jóvenes*¹⁶. A mi entender, los esquemas «dentro-fuera», «interior-exterior» dejan de ser *dilemas* para convertirse en *contrastes* cuando adoptamos en la vida una actitud creativa. Un poema que leo superficialmente está ahí, *fuera* de mí; no sólo es distinto de mí sino *externo*, *extraño*, *ajeno*. Si lo asumo como si fuera su autor y le doy vida, lo re-creo, y con ello deja de serme exterior y ajeno para hacerse *íntimo*, aun siendo distinto. Salir de mí para acceder a este poema y entregarme a él no me pierde o aliena; perfecciona mi personalidad porque creo un campo de juego con el poema en el cual ambos nos perfeccionamos en medida directamente proporcional a la calidad del poema y al grado de mi capacidad interpretativa.

Ni yo absorbo el poema ni el poema me absorbe a mí; ambos potenciamos nuestro modo de ser en el encuentro. Este tipo de encuentro enriquecedor no lo podemos realizar con meros objetos, sino con realidades de rango superior que son *fuentes de posibilidades* y se ofrecen, como tales, a nuestra potencia creadora. Al saludar a una persona, salgo de mi interioridad para encontrarme con un ser que se halla fuera de mí, en un lugar exterior al que yo ocupo. Pero, si esa persona es amiga mía, porque hemos creado una auténtica relación de encuentro, no se halla *fuera* de mí, no me es *externa* y *extraña*, sino *íntima*. Intimidad significa aquí que estamos insertos dinámicamente en un campo de juego común, en el cual compartimos actitudes, sentimientos y finalidades sin perder un ápice de nuestra identidad propia.

En consecuencia, al abrirme con toda el alma a una realidad que me ofrece una serie de posibilidades —una persona, una institución, una obra de arte, una obra literaria...—, no salgo de mí para perderme o alienarme; incremento mi identidad personal porque amplío la envergadura de mi yo. El yo pleno del hombre se va configurando a medida que se relaciona creativamente con un «tú» —que puede ser una persona o cualquier realidad que el yo pueda asumir activamente por ser una fuente de posibilidades creativas—. Cuanto más valiosas son éstas, más elevado es el encuentro resultante de la unión, y más entrañable la intimidad que ésta funda entre las realidades que la establecen. Con profunda razón afirman los escritores místicos que, en la experiencia religiosa más alta, Dios llega a ser «más íntimo al alma que su misma intimidad» (*interior íntimo meo*), según expresión feliz de San Agustín.

Por ser fuente de posibilidades, una obra literaria constituye una realidad eminente —precisamente por no ser «cósica»— y no puede calificarse de «mera fic-

¹⁶ Cfr. *op. cit.*, págs. 173-185.

ción». Es una forma singular de «realidad relacional». La inmersión en su mundo nos adentra en la trama de interrelaciones que constituye nuestra peripecia vital; no nos aliena y despersonaliza.

El joven desilusionado que se entrega a realidades que lo *fascinan* o *seducen* sale de sí en sentido negativo, porque pierde la libertad interior, se lanza por la pendiente del vértigo y queda succionado por el vacío y la soledad. En cambio, si sale al encuentro a una realidad que le ofrece posibilidades creativas —de tipo ético, estético, religioso...—, deja de ser un iluso porque se ve lleno de la ilusión que nos produce crear formas elevadas de unidad.

Estas consideraciones nos permiten comprender hasta qué punto, como bien observa Gonzalo F. de la Mora, el mero poseer bienes, disponer de libertad de maniobra, moverse en un ambiente permisivista a ultranza... nos aleja de la auténtica felicidad porque nos *di-vierte*, en el sentido pascaliano de que nos *des-centra*, ya que el único centro del hombre es el campo de juego que crea al relacionarse con realidades valiosas, que le ofrecen posibilidades para desarrollar su capacidad creativa.

En esta hora penosa de despedida, hemos de congratularnos por haber tenido entre nosotros durante tantos años a esta figura del pensamiento que no por elevada fue menos entrañable. Esa presencia continuará indefinidamente en nuestro recuerdo, en el mensaje de sus obras y en el legado impagable de su biblioteca, que con razón él cuidaba como la niña de sus ojos.

PALABRAS DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR D. JOSÉ LUIS PINILLOS

Sr. Presidente:

En este acto de homenaje de la Academia a nuestro querido y llorado Gonzalo tiene que haber diferentes perspectivas, como es natural. Yo estoy todavía demasiado dolorido con la pérdida de Gonzalo como para hacer algo muy académico; no lo voy a hacer. Voy a hablar sencillamente de la amistad que nos ha unido, de algo muy subjetivo que me ha unido con él y con su mujer desde que fuimos condiscípulos hace muchos años, casi sesenta y además su mujer fue compañera de colegio de la mía, de Elvira Laffon, mi primera mujer. De manera que a Gonzalo me unen sentimientos profundos de estos que son irrevocables y que están por encima de todo lo que sucede después en la vida, aunque nos separen las circunstancias y esas cosas y así ha sido hasta el final.

Tengo en casa un papel que, como todos los papeles que me importan, lo he guardado tan bien que lo he perdido y no se donde está, que fue la nota que me dejó Gonzalo la última vez que le vi, el día que hablé en la academia, sobre la subjetividad moderna y, en contra de todo lo que solía hacer, porque se metía mucho conmigo y hacía muy bien, además tenía pleno derecho y deber de hacerlo, me dejó un papel que decía «Querido José Luis me tengo que ir pero me ha gustado mucho lo que has dicho, ya hablaremos». No hemos podido hablar. Pero la

amistad profunda no termina con la muerte del amigo. Cuando uno de ellos vive, sigue viva esa amistad y probablemente incluso se acrecienta y se comprende mejor en muchos aspectos. Cuando nosotros nos conocimos éramos unos jóvenes llenos de entusiasmo (él más que yo porque le llevaba algunos años), de ilusiones y yo creo que a pesar de los embates que da la vida, él ha muerto sin perder esas ilusiones. Ciertamente, se ven las cosas de otra manera, pero yo siempre tuve como persona de referencia en esta casa a Gonzalo. Cuando empezaba hablar de algo que tenía que ver conmigo yo pensaba ¿que me irá a decir después de estos elogios? y efectivamente lo hacía, tenía pleno derecho como os decía antes y además el deber de hacerlo. Pero a parte de todo esto, cuando yo llegaba a la Academia un poco pronto y él estaba por allí, siempre teníamos tiempo para hacer un aparte en un rincón y hablar de nuestras cosas y de lo que nos parecía la situación actual, que pese a la diferencia de perspectivas políticas, él las tenía, las mías no sé porque yo estoy muy lejos de la política desde hace mucho tiempo, en él era una pasión, una pasión noble y en mí una indiferencia cada vez mayor, pero la verdad es que hablábamos de esas cosas y a pesar de que los puntos de vista en aspecto superficiales eran a veces contradictorios, en el fondo siempre estábamos de acuerdo en lo fundamental.

Yo me acordaba cuando hablaba con él, de lo que ocurrió a la generación de la batalla aérea de Londres donde los alumnos de Cambridge sobre todo y de Oxford también, habían hecho un juramento antibelicista y en ese sentido, no querían saber nada de la política, no querían saber nada de los prejuicios de Inglaterra. Cuando se dio la batalla de Inglaterra murieron casi todos ellos defendiendo Inglaterra. Bueno, yo creo que a mí me pasa también un poco lo mismo, pues a pesar de lo que se diga, cuando llega el momento las cosas que le importan a uno salen a la superficie y eso es lo que nos unía a Gonzalo y a mí.

Leyendo, porque he tenido que hacerlo, un libro muy completo, parecido al que ha hecho sobre la felicidad Gonzalo, uno que hizo Pedro Laín sobre la amistad, en el que va pasando también revisión de casi todo lo que se ha dicho sobre la amistad, leí un pasaje de la *Iliada* en la que Aquiles duerme y en sueño se le aparece Patroclo, que le dice: «eres mi amigo, me cuidaste mientras vivía». Pues eso tengo que decir yo también de Gonzalo que me cuidó, a su manera, desde lejos pero siempre me cuidó mientras vivía. Yo tengo la esperanza de que lo siga haciendo, ya no está aquí, pero vive de esa otra manera que es en el recuerdo de lo que hemos aprendido de él. En fin Gonzalo para mí ha sido una persona irremplazable, fuimos condiscípulos en la mejor manera de ser condiscípulos cuando empezábamos a estudiar, él era hombre que mandaba mucho, Gonzalo fue hombre que siempre mandó y lo hacía bastante bien además. Recuerdo su aparición en escena